

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta **REVISTA** se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

LOS CAMPANOLOGOS.

Entre los instrumentos de percusion que se conocen, la campana parece á primera vista el mas intratable, el mas difícil de regularizar ó de someter al ritmo armónico, á pesar de ser en sí mismo, por contradiccion, el mas rítmico de todos.

Las campanas que se usan en algunas iglesias de Europa y Norte-América, han sido la primera victoria que se ha obtenido en esta materia, asi como los *campanólogos* han dado al manejo musical de aquel instrumento, el último grado posible, prestándole el claro-oscuro y vária expresion que hemos tenido la oportunidad de admirar en nuestro teatro en estas noches.

Lo favorable de este juicio ha nacido de la bellísima ejecucion realizada por el Sr. Sawyer y sus cuatro hermanas, artistas que constituyen la compañía.

La inteligente perseverancia humana se pone de manifiesto de modo admirable al considerar la serie de dificultades que han tenido que vencer aquellos artistas para lograr semejante ejecucion en el singular mecanismo de sus cien campanas, graduadas en tamaño y por lo tanto en sonos, con la agilidad, precision y afinacion perfecta en lo posible, dadas las influencias que la meteorología y el uso pueden ejercer de súbito en la naturaleza acústica del instrumento. Añádase á estas dificultades las que ofrece la vibracion que en instrumento tan sonoro, tiende á dilatarse y que hay que medir y contener ó prolongar, así como la inherente á que la sucesion de sonidos es colectiva y corre de mano en mano; pues á veces un artista da uno y el otro el siguiente, sin que se retrase ni corte la indispensable cadena acústica que viene á constituir aquí la frase musical; y todo esto limpio y preciso y hasta sentido, aún en las piezas mas concertantes, sean cualesquiera sus transiciones de tono, color, aire, complexion y movimiento.

El llamado *copéfono* ó *melóvitro*, mecanismo compuesto de copas medio llenas de agua, y tañido con las puntas de los dedos, resuena con dulzura sólo comparable á la del arpa ecólica, bajo la hábil ejecucion de Miss Clara, una de las artistas mencionadas y acaso la mas distinguida de la compañía.

El susodicho *copéfono* acompañado de las campanas, de las cuales, sobre todo de las mas graves y semi-graves saben sacar aquellos profesores, sonidos tan melodiosos como los de la flauta y tan suaves como los de la viola y órgano; nos ofreció en la ejecucion de la *Casta diva* de Norma y de una pieza de la *Traviata*, un conjunto tan deleitoso, que sólo pudo superar en el entusiasmo que causó al público el *Miserere* del Trovador, ejecutado con admirable maestría por los cinco *Campanólogos*, cuya habilidad nos ha parecido hallarse á la altura de su fama. Nos referimos principalmente á la segunda funcion.

Entre la diversidad de instrumentos musicales que el hombre ha tratado de sacar de la esfera del capricho para competir con la orquesta, que es la agrupacion diapasónica mas completa y perfectible, la relacion instrumental mas propósito que la acústica ha encontrado para realizar las manifestaciones del arte musical; la mas cercana á aquel conjunto ó síntesis eufónica, es la que motiva estos renglones. Tiempo há que de ella habiamos oído hablar, y sumo placer hemos sentido al conocerla dignamente.

LA MUJER. [*]

I.

CONTRADICCIONES.

El error, tarde ó temprano, acaba por limitarse á sí mismo, y la primera forma de su impotencia, es la contradiccion: si quisiera ser

[*] Estos interesantes artículos y algunos otros que sobre la materia insertaremos, mas adelante, están tomados de *La Mujer del Porvenir*, libro escrito por la notable autora peninsular D^a CONCEPCION ARENAL.

lógico, se haría imposible. La humanidad, que puede ser bastante ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa ó insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razón, sus afectos ó sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que donde hay contradicción hay error ó impotencia.

Aplicando esta regla al papel que la mujer representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos á convencernos de su falta de razón primero, y de justicia despues.

Una mujer puede llegar á la mas alta dignidad que se concibe, puede ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio. ¿Qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar á la categoría del último sacristan. La lógica aquí sería escándalo, impiedad.

Si del órden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menor bulto. ¿Cómo una mujer ha de ser empleada en aduanas ó en la deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernación? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera: que pretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parado que aquí sale la lógica.

En las relaciones de familia, en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿Cuál su puesto? Nadie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razón, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halleis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustración, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga la vida en un desafío por defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las mas santas leyes, recibe como tal un capricho de la que ama; el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene á ser el esclavo de su hija ó de su nieta. El corazón, los instintos, la conciencia, se oponen de continuo en la práctica á esas teorías que conceden al hombre superioridad moral sobre la mujer. Se ve, pues, arrastrado á ceder de lo que llama su derecho cuando no abusa de él, y al conceder esta gracia, ya no establece reglas de justicia, porque no es fácil poner límites á la generosidad del que da por afecto, ni á la exigencia del que recibe sin reflexión.

Así, pues, en las relaciones domésticas y sociales del hombre y la mujer, como lo que se llama justicia no lo es, ni puede por lo tanto convertirse en regla permanente y respetada, todo está á merced de los afectos y de las pasiones, todo están ocasionado á mudanzas como ellas, y por punto general, á las mujeres se les da más ó menos de lo que merecen y les es debido: son, el niño oprimido á quien se hace siempre guardar silencio, ó el niño mimado que impone su voluntad. Con sólo mirar lo que pasa enrededor nuestro, veremos tantas contradicciones como individuos hemos observado.

Si dejando las costumbres pasamos á las leyes, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¡Ah! Un espectáculo bien triste, porque la ley no tiene la flexibilidad de los afectos, y si el padre, y el esposo, y el hermano son inconsecuentes para ser justos, la ley inflexible no se compadece del dolor ni se detiene ante la injusticia. Las contradicciones de la ley pesan sin lenitivo alguno sobre la mujer desdichada. Exceptuando la ley de gananciales, tributo no sabemos cómo pagado á la justicia, rayo de luz que ha penetrado en oscuridad tan profunda, las leyes civiles consideran á la mujer como menor si está casada, y aún no estándolo le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre.

Si la ley civil mira á la mujer como un ser inferior al hombre, moral é intelectualmente considerada, ¿porqué la ley criminal la impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual á él? ¿Por qué no se la mira como al niño que obra sin discernimiento, ó cuando menos como al menor? Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el absurdo de la inferioridad moral de la mujer toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error llega á uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse á sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradicción. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice: — Eres un ser imperfecto; no puedo concederte derechos. — La otra: — Te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas á ellos incurrirás en idéntica pena.

La mujer mas virtuosa é ilustrada se considera por la ley como inferior al hombre mas vicioso é ignorante, y ni el amor de madre, ni el santo amor de madre! cuando queda viuda, inspira al legislador la confianza de que hará por sus hijos tanto como el hombre. ¡Absurdo increíble!

Es tal la fuerza de la costumbre, que saludamos todas estas injusticias con el nombre de *derecho*.

Podríamos recorrer toda la órbita moral y legal de la mujer y hallaríamos en toda ella errores, contradicciones é injusticias. La mitad del género humano, la que mas debiera contribuir á la armonía, se ha convertido por el hombre en un elemento de desórden, en un auxiliar del caos, de donde salen antagónismos y luchas sin fin.

Las cuestiones de las mujeres en sus relaciones con el hombre y con la sociedad, están siempre mas ó menos fuera de la ley lógica. ¿Es esto razonable, es racional siquiera? No hay mas que una razon, una lógica, una verdad. El que quiera introducir la pluralidad donde la unidad es necesaria, introduce la injusticia y con ella la desventura.

Si supiera el hombre que nunca se equivoca impunemente, buscaría el acierto con mayor solicitud. Nosotros, que tenemos esta íntima persuasion, procuraremos desvanecer los errores que existen con respecto á la mujer. Tal es el objeto del presente escrito.

II

INFERIORIDAD DE LA MUJER.

Después de haber manifestado que las contradicciones en las leyes y en las costumbres con respecto á la mujer prueban los errores que acerca de ella existen, nos parece lógico investigar si su inferioridad social es consecuencia de su inferioridad orgánica; si así como su sistema muscular es mas débil, su sistema nervioso es tambien mas imperfecto: si hay en ella una desigualdad congénita que la rebaja; si su cerebro, en fin, es un instrumento del alma, menos apropiado que el del hombre para las profundas meditaciones y los elevados pensamientos.

En los tiempos en que la fuerza material lo era todo, se comprende que la mujer no fuese nada. La inferioridad de sus músculos debía hacer imposible la sancion de sus derechos, y en sociedades formadas por los combates y para los combates, ¿qué consideracion había de merecer en la paz la que era inútil en la guerra.

Las sociedades modernas están lejos de haberse limpiado de la lepra de sus preocupaciones. Hijas de la conquista, no han renunciado del todo á la desdichada herencia de su madre, y aún hay leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano, y opiniones salidas del castillo feudal. No obstante, el progreso es visible, la fuerza es cada vez menos fuerte, y en casi todas sus manifestaciones paga tributo á la inteligencia. Afige, es cierto, ver la profanacion de la ciencia aplicada á la guerra, y convertida en elemento de destruccion; pero la gran ley providencial no se infringe; la sociedad, como

el hombre, se mejora ilustrándose; en su cólera, es menos feroz, y cuanta mas ciencia se emplea en la guerra, hay en ella menos crueldad: aún en el campo de la fuerza, la victoria corresponde en adelante á los que saben más.

Si mucho en el presente, si todo en el porvenir depende de la inteligencia, preciso será discutir si la de la mujer es realmente inferior á la del hombre, y si esta inferioridad es orgánica; ó lo que es lo mismo, si es la obra de Dios. Consultemos para esta discusion al gran maestro de la anatomía y de la fisiología del cerebro, á Gall, y como su opinion está conforme con la opinion de los más, veamos si se halla fundada en hechos y razones, ó si el grande hombre, tan observador y circunspecto casi siempre, resolvió esta cuestion sin meditarla bastante.

“Sólo por la diferente organizacion de los dos sexos, dice el Dr. Gall, puede explicarse como ciertas facultades son mas energicas en el hombre y otras en la mujer.”

“El cerebro de la mujer está generalmente menos desarrollado en su parte anterior superior, y por eso, por lo comun, las mujeres tienen la frente mas estrecha y menos elevada que los hombres.”

“Las mujeres, en cuanto á sus facultades intelectuales, son generalmente inferiores á los hombres.”

“Si tales debilidades (la supersticion y fé en oráculos, sueños, presagios, etc.) son mas bien propios de las mujeres, aunque sean muy instruidas y de talento, la razon es que generalmente la parte cerebral anterior superior adquiere un desarrollo mucho menor en las mujeres que en los hombres, y que por consiguiente, apenas les ocurre que no puede haber ningun suceso, ningun efecto sin causa.”

Por lo que dejamos copiado, y por otras citas que podríamos hacer de la misma obra, se ve que, en opinion de Gall, la inferioridad intelectual de la mujer es orgánica. Veamos ahora si al afirmarlo así, apoyándose en el menor volúmen de la parte anterior superior de la cabeza de la mujer, no está en contradiccion consigo mismo y con los hechos.

“La energía de las funciones (del cerebro) no depende solamente del tamaño de los órganos, sino tambien de su irritabilidad.”

“Las mujeres están dotadas de una irritabilidad mas pronta y de una sensibilidad mas exquisita.”

“La perfeccion, con la cual los sistemas nerviosos diferentes del encéfalo llenan sus funciones, no depende de ningun modo de la masa mayor ó menor del cerebro, si no de su propia organizacion mas ó menos perfecta. ¿No vemos cierto insectos dotados de un tacto, de

"un oído, de un gusto sumamente delicados, aunque su cerebro es muy sencillo y muy pequeño?"

"Vemos, además, que la naturaleza con masas cerebrales *extraordinariamente pequeñas*, llega á producir los efectos mas admirables; quién no recuerda aquí la hormiga, la abeja, etc., etc.

"Por mas que el hombre esté organizado de la manera mas perfecta, *el ejercicio es indispensable para aprender á combinar muchas ideas relativamente á ciertos objetos.*" [*]

Resulta, pues, que el mismo autor que da como cosa cierta la inferioridad intelectual de la mujer, apoyándose en el volumen menor de su frente, afirma que *la energía de las funciones del cerebro no depende solamente de su tamaño; que con masas cerebrales muy pequeñas la naturaleza produce los efectos mas admirables, que la irritabilidad de los órganos influye en la energía de las funciones* con todo lo demás que acabamos de ver. Fijémonos bien en esta última circunstancia: la *irritabilidad*. Gall dice, y todo el mundo sabe, que el sistema nervioso de la mujer es mas *irritable*; el vulgo dice que es mas *nerviosa*, y está fuera de duda que su sistema nervioso tiene mas actividad. Siendo, pues, mas activo, ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menor volumen? ¿No vemos esto mismo en muchos hombres mas inteligentes que otros cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y comparado inteligencias, ¿puede dudar de que en muchos casos la *calidad* de la masa cerebral suple la *cantidad*?

Además, según la experiencia lo aconseja, y el autor que vamos refutando lo hace, no se han de apreciar las masas cerebrales teniendo en cuenta su volumen absoluto, sino el relativo; de otro modo, el elefante y muchos cetáceos serían mas inteligentes que el hombre. Apreciando, pues, como se debe el volumen de la cabeza de la mujer, no de una manera absoluta, sino relativa, ¿resultará menor que la del hombre? Si su cuerpo es menor, ¿no ha de serlo su masa cerebral?

No siendo el diámetro del occipital al frontal, que es mayor en la mujer, lo cual atribuye Gall al mayor desarrollo del órgano del amor á los hijos; no siendo este diámetro, decimos, todos los demás de la cabeza de la mujer son menores que los de la del hombre, ó lo que es lo mismo, la cabeza de la mujer es mas pequeña. Si fuera necesario igualdad de volumen para que la energía en las funciones fuese la misma, la inferioridad de la mujer sería para todo. Sus sentidos serían mas torpes, y siguiendo á Gall en su clasificación de facultades, sería menor su circunspección, su instinto de localidad, su

[*] Todos estos párrafos están tomados de la obra de Gall.—*Physiologie du cerveau*.

amor á la propiedad, su sentimiento de la justicia, su disposición á las artes, etc., etc. Nada de esto sucede: en la mayor parte de las facultades la mujer es igual al hombre; la diferencia intelectual sólo empieza donde empieza la de la educación. Los maestros de primeras letras no hallan diferencia en las facultades de los niños y las niñas, y si la hay, es en favor de estas, mas dóciles por lo comun y mas precoces.

En la gente del pueblo, entre los labradores rudos y siempre que los dos sexos están igualmente sin educar, ¿qué observador competente puede decir con verdad que nota en el hombre superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular, de ningún modo en la de su inteligencia.

Dice el Dr. Gall, que el órgano del cálculo está generalmente menos desarrollado en las mujeres, que en los hombres; pero nunca hemos visto que los niños cuenten mejor que las niñas antes de aprender aritmética, ni que los hombres del pueblo que no la saben, manifiesten mayores disposiciones para el cálculo que las mujeres.

Bien podría suceder también, que como la forma del cráneo depende de la del cerebro, y todo órgano aumenta con el ejercicio, y disminuye en la inacción, bien podría suceder, decimos, que no cultivando las mujeres ciertas facultades, los órganos del cerebro correspondientes menguasen por falta de ejercicio; que esto contribuyese algo á su menor volumen, siendo efecto lo que se considera como causa.

Ya hemos dicho que, según el Dr. Gall: "Por mas que el hombre esté organizado de la manera mas perfecta, *el ejercicio es indispensable para aprender á combinar muchas ideas, relativamente á ciertos objetos.*" ¿Tienen las mujeres este ejercicio indispensable? ¿Pueden tenerle? Y si no le tienen, ni por regla general es imposible que le tengan, ¿cómo combinarán muchas ideas relativamente á ciertos objetos, tarea que en efecto necesita una gran gimnasia intelectual?

El trabajo de la inteligencia está lejos de ser una cosa espontánea en el hombre. El temor, la necesidad, el cálculo, el amor á la gloria, vencen la natural repugnancia que inspiran las fatigas del entendimiento. El profesor y el discípulo necesitan un esfuerzo, grande por regla general, para habituarse á los estudios graves y á las meditaciones profundas. ¿Cómo las mujeres vencerán esta resistencia natural, cuando para vencerla no tienen objeto, cuando se les dice que no la pueden ni la deben vencer, y cuándo tienen para ello hasta imposibilidad material? Si ciertas facultades solo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se mani-

fiestan ¿debe concluirse que no existen? ; Extraña lógica! Tanto valdría afirmar que un hombre no tiene brazos, porque habiéndolos tenido toda la vida ligados y en la inacción, no puede levantar un grande peso. Y decimos *grande*, porque la mujer no aparece privada de ninguna de las facultades del hombre: como él, reflexiona, compara, calcula, medita, prevee, recuerda, observa, etc. La diferencia está en la intensidad de estas funciones del alma y en los objetos á que se aplican. Su esfera de acción es mas limitada, pero no vemos que en ella revele inferioridad. La inferioridad, dicen, aparecería si la esfera se ensanchase. Esto es lo que no hemos visto demostrado con razones; esto es lo que nadie puede probar con hechos; esto es lo que importa mucho que se averigüe, y esto es lo que con el tiempo se averiguará. Palabras sonoras, pero vacías; autoridades, costumbres, leyes, rutinas, y el ridículo y el tiempo; esto es lo que suele traerse al debate en vez de razones. En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostración.

Ni el estudio de la fisiología del cerebro, ni la observación de lo que pasa en el mundo, autorizan para afirmar que la inferioridad intelectual de la mujer sea *orgánica*, por que no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar, ni empieza en las clases educadas, sino donde empieza la diferencia de la educación.

(Continuará.)

EL REY DEL FUEGO.

BALADA DE WALTER SCOTT.

I

Valerosos caballeros, hermosas damas, prestad oídos á mi arpa; oiréis hablar de amor, de guerras y de maravillas, y en medio de vuestro gozo, consagrareis tal vez un suspiro á la memoria del Conde Alberto y de la bella Rosalía.

¿Veis aquel castillo tan formidable y elevado? ¿Veis á aquella dama, con los ojos llenos de lágrimas? ¿Veis á aquel peregrino de la tierra de Palestina con el sombrero coronado de conchas y báculo en mano?

—Peregrino, buen peregrino, decidme, qué nuevas traéis de Tierra Santa? En qué punto de Galilea se hace la guerra y cómo se portan nuestros guerreros, la flor de la caballería?

—La guerra sonríe á nuestros esfuerzos junto á las aguas de Galilea, porque estamos en posesión de Gilead, Nablous y Ramah, y

nuestros guerreros lidian con valor cerca del monte Líbano: los paganos están perdidos, y los cristianos vencen.

Una hermosa cadena de oro se enlazaba en la cabellera de la dama del castillo, y ésta ornó con ella los blancos cabellos del peregrino. — Oh! peregrino, buen peregrino, esta cadena os pertenece por las nuevas que traéis de los lugares santos; pero decidme, buen peregrino, habéis visto al Conde Alberto, al caballero amable y bravo? Cuando la media luna retrocedió y la roja cruz quedó triunfante ¿no le visteis subir el primero al monte Líbano?

—Oh! Señora, bella señora; el arbusto se hace árbol; el arroyuelo tranquilo aumenta sus aguas; vuestro castillo está fuertemente situado y vuestra esperanza toma alto vuelo; pero todo florece para morir.

Las ramas verdes se marchitan; la tempestad no deja de vuestro castillo, sino las murallas hendidas por el rayo; el apacible y puro arroyuelo arrastra torrentes de fango; la feliz esperanza vuela; el Conde Alberto está prisionero en el monte Líbano.

II.

La dama toma un corcel que es ágil y secundará su impaciencia. Cíñe una espada cuya afilada hoja la protegerá ciertamente, embárcase luego y se dirige á Palestina para rescatar al Conde Alberto de los hierros del Sultan.

Pero el Conde Alberto pensaba poco en la bella Rosalía, pensaba poco en su fé ó en su honor de caballero; una jóven pagana había conquistado su corazón ligero, la encantadora hija del Sultan del Líbano.

—Oh! cristiano, bravo cristiano! le decía ésta — mi amor será tuyo; pero antes de escucharte, preciso es que hagas tres cosas: adoptar nuestras leyes y culto; velar tres noches en silencio en la caverna en que arde sin cesar la mística llama adorada por el Kurda, y ayudarnos con tu consejo y con tu brazo á castigar al robador de Palestina. Yo te declararé por mi amor y mi dueño, cuando aquellas tres cosas sean ejecutadas por el amor de Zulema.

El Conde, al oír esto, arrojó su casco y su espada, cuyo puño formaba una cruz, renunciando á la caballería, renegando de su Dios; vistió el caftan verde, cubrió su cabeza con el turbante, por amor de la doncella del Líbano.

Y muy debajo de tierra, en una horrible caverna en cuyas paredes se abren cincuenta puertas de acero, veló hasta el día; pero sin que viese otra cosa que la llama brillante sobre un altar de piedra.

Sorprendidos la princesa y el Sultan y los sacerdotes, registran los vestidos del Conde y bajo el caftan encuentran un rosario bendito.

Y tornó á velar en la caverna una segun-

— ¡Oh! sí, respondió, poniéndose encarnado, lo recobré el día siguiente. Por nada del mundo me separaría de este escarabajo. ¿Sabéis que Júpiter tenía razón?

— ¿En qué? pregunté, lleno el corazón de tristes presentimientos.

— En suponer que el escarabajo era de oro puro.

Pronunció estas palabras con una gravedad profunda que me hizo daño.

Este escarabajo está destinado á hacer mi fortuna, prosiguió sonriendo con aire de triunfo á reinstalarme en las posesiones de mi familia. No es pues extraño que le quiera tanto: ya que la fortuna ha creído conveniente otorgármele, me valdré prudentemente de él y llegaré hasta el oro que él mismo me indica. Tráele Júpiter.

— ¿El escarabajo, Massa? No quiero nada con el escarabajo; traedlo vos mismo.

(Continuará.)

UN INTERIOR DE DILIGENCIA.

Traducido por E. F.

(Conclusion.)

— Luis Duroc, llamado el africano; yo se lo pregunté en Anse, mientras conversábamos en la posada, y además lo he visto escrito en sus baules.

— Y bien! después? preguntó el soldado sonriendo, ciertamente que es mi nombre.

— Será verdad! interrumpió Gontran, y U. fué.....

— El obrero de que se habla; si señores, no hay necesidad de decirlo, pero tampoco tengo motivo para ocultarlo. Yo entré al servicio ocho días después de la ocurrencia y me fuí para Argelia, lo que hace que los individuos del coche y yo, no nos hayamos vuelto á ver, pero espero verles durante mi estadía en Lyon.

— Yo os conduciré, dijo Darvon, tendiéndole la mano; pues deseo que seamos amigos, señor Luis.

— Nosotros? replicó el militar, que miró á Gontran con indecisión.

— Ah! olvide U. lo que ha pasado entre nosotros, respondió éste, estoy dispuesto, si necesario es, á reconocer que no he tenido razón.....

— No, interrumpió Duroc, no, por Dios; soy yo, que soy muy testarudo, y lo siento, palabra de honor! Mala costumbre que tienen los regimientos; porque uno no tiene miedo, se quiere probar en toda ocasión, y probar á todo el mundo: se hace uno el espadañín; pero en el fondo, somos buena gente, así, sin rencor, dijo, y apretó la mano de Gontran. Le-

pré también le dió un apretón de manos.

— Gracias á Dios, exclamó; U. es un verdadero francés..... lo mismo que el señor... y entre franceses debemos entendernos.

— Mucho me place haberle conocido, Sr. Luis Duroc. Pero apropósito, sabe U. que es bastante dicha, que yo os obligara á decirme vuestro nombre (que U. no quería revelarme?) Sin mí, nadie hubiera sabido cuanto valía U.

— Es verdad! replicó Grugel mirando á Darvon; si el señor hubiera sido menos conversador, esta explicación no hubiera tenido lugar, y sin ella, mi primo hubiera juzgado mal el verdadero carácter del Sr. Luis. U. ve que la casualidad parece haber tomado por tarea el apoyo de mi tesis y que todo el honor del día me corresponde. Acabando estas palabras, el coche se paró: ya habían llegado.

Los viajeros se encontraron al bajar, el pátio de la mensajería lleno de parientes y amigos que les esperaban.

La desgracia que había acontecido el día anterior era pública y había causado muchas angustias.

Al tiempo de bajar Darvon, oyó pronunciar su nombre, y se volvió: era su hermana á quien la inquietud le había hecho olvidar su enfado y se colgó de su cuello con un grito de gozo.

Ambos quedaron abrazados algún tiempo, sin decir palabra, los ojos llenos de lágrimas; y cuando se miraron, cuando se tomaron las manos sonriendo, se reconciliaron. Como salieron juntos del pátio de la mensajería, se encontraron con los demás compañeros de camino. Barnan y Lepré los saludaron; Luis Duroc les renovó la promesa de ir á verles; la señorita Athenais de Locherais pasó sola sin mirarles, ocupada únicamente en vigilar su equipaje. Jacques Grugel entonces, se volvió hacia Gontran.

— Esta es la única excepción que tiene mi doctrina, dijo señalando con el dedo á la vieja señorita.

Todos nuestros compañeros, mas ó menos se han rehabilitado á nuestros ojos: el gastrónomo, procurándonos una cena; el charlatan, revelándonos un secreto útil; y el fanfarron dándonos una prueba de su generoso valor; pero ¿de qué nos ha servido el frío egoísmo de la Señorita de Locherais?

— Para hacerme sentir lo que vale la abnegación y el cariño, replicó Gontran, que apretó contra su pecho el brazo de su hermana; ah! yo adopto vuestro sistema, primo: desde hoy creo que todo tiene su lado bueno y que es necesario solamente saber buscar la veta de oro.

FIN.

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.